

HOJA OBRERA

Subscripción mensual ₡ 0 25
Número suelto 0 10

Para todo lo relacionado con el periódico, dirigirse al apartado n° 270.

Pago anticipado

Bellas y preciosas frases del Presidente

Con motivo de haber rendido su examen la compañía de soldados que se organizó recientemente el Presidente de la República ha firmado una orden general, felicitando en ella á los instructores de aquel cuerpo y á los jóvenes que lo integraron.

La dicha orden contiene algunas muy curiosas apreciaciones que vale la pena considerarlas por una razón muy principal: porque el presidente cree que los costarricenses son enemigos jurados del ejército, porque el presidente cree que en el ánimo del ciudadano están debilitados los sentimientos de estima y de respeto para las instituciones de la república, particularmente esta de la fuerza armada.

Es conveniente poner las cosas en claro; es de orden moral proceder con honradez en la emisión de ciertos juicios. El país ha increpado al Licenciado Jiménez por su infidelidad en el cumplimiento de una de las fórmulas capitales de su programa político: la referente á las economías en el ramo de la guerra. Y ahora parece que el presidente, mistificando lo que hay de verdad en esta general y ardorosa protesta de la conciencia costarricense, quiere como que se dude de una de las virtudes más excelentes de nuestros hombres: la de querer sus instituciones, la de cuidar por su dignidad y grandeza; el presidente parece como señalar en el espíritu público cierto lastimoso desvío en el cumplimiento de una de las máximas de nuestra república: el servicio militar.

Nosotros queremos ahora poner los puntos sobre las íes: el país está en campaña abierta contra las exajeraciones, contra la exorbitancia en los gastos de guerra; no quiere ni escándalos como el de Alajuela; no quiere ver á los ciudadanos de un pueblo que pasa actualmente por una crisis aplastadora en sus actividades, comprometidos en una obra de campamento. Pero de esto no debe jamás deducirse que el patriota se niegue á prestar su servicio militar, se niegue á ser soldado.

Por eso vamos á recoger las palabras del presidente y á meditar sobre ellas.

"Preciosas y bellas frases" las llama uno de los periódicos desteñidos que no sabe por donde echarle alabanzas al presidente. Preciosas y bellas frases han sido siempre las del Lic. Jiménez, porque para él se dijera que el taciturno demente de Dinamarca pronunció la desconsoladora sentencia: "palabras, palabras, palabras." Es lo que ha sabido hacer este hombre: bellas y preciosas frases. De cuántas bellas y preciosas pero inútiles frases está llena la historia! Cuántas injusticias han querido justificarse con hermosas palabras! Cuántos despotas envilecidos, con preciosos discursos hicieron escarnio de pueblos infelices cuyas libertades ellos devoraron con locura! Cuánta basura de elocuencia exquisita han arrojado á los ojos de las naciones, afortunados habladores para robarle su decoro, para vender su libertad, para esclavizarlas á la vergüenza de una vida pordiosera! Mil salvajismos de tiranos, mil errores de gobernantes, muchas hipocresías, especulaciones escandalosas, todo lo negro, lo impuro, todas las asquerosas pudriciones de más de veinte siglos se han vestido de palabras preciosas y

bellas! A veces el mundo ha estado bajo el imperio de estas elegantes lenguas hartas de mentira y de falsía para las cuales lacayos sin pudor han gastado siempre las más indignas adulaciones.

Ningún peligro más grande que el de las palabras cuando no son el resultado de una convicción sincera y cuando no están respaldadas por una voluntad firme y encaminada con honradez en buenas direcciones. Ninguna desventura mayor, para un pueblo, que prestar demasiada buena fé á las bellas y preciosas frases de los hombres que hacen su política. Demóstenes exclamaba ante las amenazas de la conquista que atenieneses sin honor y vendidos al oro de Filipo recomendaban aceptándola como siervos que: un buen ciudadano debe preferir en sus discursos la salvación de la patria al encanto de la palabra. Por desgracia las machedumbres muchas veces se dejan sorprender por estos revendedores de baratijas relumbrantes y seductoras que se llaman bellas y preciosas palabras.

Hay en la orden del día del Presidente un juicio equivocado, un concepto que no es cierto y varias apreciaciones en las cuales el Gobierno intenta explicar las razones por las que ha inclinado sus simpatías en favor de las cosas de la guerra.

Dice el presidente que: "es de justicia recordar que este movimiento que va ganando, por su propia virtud, voluntades y que cada día aumenta su radio de acción, en el país, se debe á la espontánea iniciativa de jóvenes estudiantes."

Desde luego es sensible que no haya otra clase de iniciativas de parte de la juventud costarricense que merezcan el entusiasmo del Presidente. Cuán digna de encomio sería en verdad la espontánea iniciativa de una generación austera y valiente que quisiese contribuir en un movimiento de redención de la patria por medio del trabajo activo. Pero de todas suertes no es malo que los jóvenes costarricenses por amor á su patria y temerosos de lejanos peligros de humillación y deshonor quieran prepararse para defenderla y glorificarla con su sangre nobilísima. Ojala que así como ahora han procurado aprender á ser soldados, procuren formarse buenos ciudadanos, ya que hoy por hoy tan escasos ejemplos hay de ciudadanía eminente, libre de pecados desdorosos y de vilezas repugnantes.

Sin embargo no hay tal iniciativa espontánea en los jóvenes estudiantes. Lo que sucedió fué esto: que proponiéndose el gobierno reestablecer el servicio de instrucción militar en toda la república, se insinuó como se acostumbra en estos casos, á los jóvenes de cierta calidad social y que aún no han prestado su servicio, la idea de formar un cuerpo de reclutas. Esto mismo se hace en Costa Rica por períodos, cuando se calcula que cierta generación de hombres ha llegado á tener capacidad necesaria para el manejo de las armas y siempre se organiza una compañía que se llama de preferencia, esto es, que sus miembros toman lecciones en determinadas horas del día, no están obligados á la vida de cuartel, visten trajes bonitos, en una sola palabra: hacen el servicio militar que

es obligatorio en todo ciudadano con muchas comodidades. ¿Hay novedad en esto? No, no hay novedad ninguna: estas compañías se han formado en toda ocasión con voluntarios, con jóvenes á los cuales no ha habido necesidad de conducirlos por la fuerza al cumplimiento de uno de los más sagrados deberes, ha habido en ellos una relativa espontánea iniciativa. Al menos, así recordamos nosotros haber prestado nuestro servicio militar en tiempo de don Cleto; fuimos instruídos entonces por los tenientes coroneles, compatriotas nuestros don Mateo Molina y don Pedro Guevara. Como el Presidente González Víquez es hombre austero, avaro en el uso de inútiles palabras nada nos dijo que halagara nuestra vanidad ni nos pusiera sobre nuestros demás conciudadanos cuando presentamos el exámen reglamentario.

Decimos que no es cierto que este sea un resultado sin precedente, esto es, de que varias compañías se organizaran y disciplinaran sin coacción superior y sin otro aguijón que su propio estímulo. Y lo decimos porque únicamente el soldado de los campos, el que soporta todas las incomodidades de la vida de cuartel, y á quien se arranca de su trabajo para traerlo á la ciudad viciosa, es el único que se resiente de este compromiso civil y al cual hay que sorprender en los mercados ó á la salida de misa para ponerle el traje de mezclilla, para cruzarle el salbeque y la bayoneta á la cintura, y para hacerlo á veces sirviente de gentes que en la vida común gracias si para este oficio de sirviente tienen mérito. Los hombres de las ciudades gozando de prerrogativas estimables no se niegan á cumplir su deber. El presidente no creemos que haga un generoso servicio á los jóvenes á quienes se ha dirigido inculcándoles el sentimiento de que ellos tienen una superioridad sobre los demás costarricenses. Es rebajar al país lanzando indirectamente una acusación tan inmerecida como esta de que el patriota necesita de coacción superior para ser soldados de la república. Entre este cargo y el sustentado por el Ministro Oreamuno en la Representación Nacional al defender su presupuesto, nos referimos al ridículo expediente de que el gobierno está obligado á permanecer en pie de guerra para estar vigilante contra los no domados impulsos revolucionarios que le amenazan, hay un ánimo parecido: el de querer desacreditar al país, el de poner en sospecha las virtudes de nuestro ciudadano ejemplar.

Dice el presidente "que no quiere el un ejército de partidarios sino un ejército de soldados costarricenses en quienes la voluntad de servir á su patria esté reforzada, para su mejor eficacia, por una inteligencia adoctrinada, y que empleen una y otra en sostener la dignidad de la república y los gobiernos que lo merezcan por ser buenos y leales servidores de la Constitución."

El ejército! No, nosotros no increpamos al ejército. Ciudadanos sin ideas exasberantes ni trastornadoras, sin fanatismos antisociales, respetamos las instituciones de la república, las justificamos hasta el límite de sus necesidades racionales, nos empeñamos por su mejoramiento y deseamos su dignidad porque es la dignidad del Estado. Que para qué nos sirve el ejército? Nos sirve para guardar el orden público. Le sirve á todo gobierno bueno ó malo, brutal ó no, arbitrario ó religioso en su sujeción á la ley para conservarse. Hace al propósito, Cesar Zumeta una profunda y atinada observación: "La República en los trópicos es un conjunto de instituciones respaldadas por el ejército para mantener el equilibrio entre un individuo, jefe de ese ejército y la comunidad." En verdad, el ejército á la larga, ha sido el tormento de estas

nacionalidades: durante un período sombrío de su historia han vivido bajo la aplastante autoridad del cuartel, sujetas al capricho de generalotes insolentes y salvajes, así mantenidas en esclavitud, muriéndose de inanición, sin voluntad para el progreso, sordas, indiferentes á toda cultura, viviendo en una especie de oligarquía ó feudo que se llama democracia. Sin la presencia de hombres sensatos, traídos de la vida civil, virtuosos con las virtudes del hombre pacífico y sencillo que ha desdeñado la razón de la fuerza, que ha hecho un gobierno sin tropelías y sin escándalos, estos países se hubieran ahogado en el ambiente de vasallaje á que le sometieron plebellos altaneros y mezquinos, vagabundos que de la prostitución subieron, en un momento de pavor, como asaltantes, al puesto más elevado de la Nación.

A nosotros los costarricenses nos han enseñado á no temerle al ejército; no á despreciarlo, pero sí á confiar en que casi ningún compatriota sería capaz de servirse de sus armas contra la majestad de la república.

Por eso resulta oficioso que el presidente Jiménez trate de sincerarse de un cargo que no existe, porque ningún ciudadano le ha dicho al gobierno que trata de hacerse de partidarios por medio de este empeño de militarización en el que tan cuidadosamente se ha interesado él. Habría sido una imputación infame, no contra el gobierno, sino contra el compatriota bien nacido que no hace del cumplimiento de su deber un pretexto para convertirse en siervo del poder, para alquilarle al gobierno su decisión y valor. No, es que el gobierno ha entendido mal.

El país no ha acusado al gobierno porque organice el ejército de un modo racional y discreto: lo ha acusado, lo acusa actualmente porque en materia de guerra haga una erogación tan pesada como la indicada en los presupuestos vijentes, cuando hay necesidades más imperiosas en que comprometer hasta los últimos recursos del Estado. Y lo ha acusado no por falta de civismo, no por una aberración política, no porque quiera atar al gobierno de pies y manos, no: es porque siendo una aspiración nacional la de limitar el presupuesto de guerra, y habiéndose el presidente obligado á realizarla hasta donde ello sea posible, hoy se le cobran esas promesas, á él que no abriga la ambición de hacer patrimonio suyo el poder, á él que no hace un gobierno de violencias irritantes, á él que no tiene al frente de sí una oposición injusta, encarnizada y feroz.

En el programa de la política nacional debe concretarse este principio fundamental: la reducción del presupuesto de guerra.

No es sensato abogar por una inmediata supresión de los cuarteles. Ejército hemos de tener para que trastornadores instintivos, sin cultura cívica violen la tranquilidad pública y para que no estemos desprevénidos en el caso remoto de un ultraje á la majestad de la Nación.

Pero organicémos el ejército; mejor dicho: tengamos ejército. Yo no puedo considerar como tal á estos pasajeros conjuntos de oficiales que se agrupan al rededor de un presidente, y que se renuevan de cuatro en cuatro años, que sin ninguna preparación técnica ó con una muy escasa se les ven ascender con la fuerza de una fermentación en la escala militar, lucir hermosos trajes engalanados. En esto, inestable y muchas veces hasta sospechoso, es que no parece patriótico gastar el exceso con el que hoy se desequilibra el presupuesto anual: los criterios serenos y autorizados no se enloquecen con la idea de desarmar á la república; quieren eso sí saber cual es el pie de fuerza que necesita y que puede levantar en un momento dado; quiere que